



CAPITULO XXVIII

Incendio del poblado de Cuevitas.—Alarma y sobresalto en Santiago de Cuba.—Cuevitas.—Auxilio oportuno.—La guerrilla local de Santiago.—Huida de los incendiarios.—Brutales asesinatos.—Saqueo é incendio.—Don Victoriano Baldoquin.—El jefe de la partida.—*Interview*.—Indignación y protesta.—Bando del general Salcedo.—Comentarios y aclaración.



E intento dejamos de narrar, al dar cuenta de él en capítulo anterior, el incendio del poblado de Cuevitas, (Santiago de Cuba) á fin de hacerlo extensamente y con todos sus pormenores y tristísimos detalles en capítulo aparte.

Sumida se hallaba en el poético silencio de una plácida noche de verano la ciudad de Santiago de Cuba, y entregados sus pacíficos moradores al descanso de sus diurnas tareas, cuando de pronto fué aquél interrumpido por el extenso vibrar de las campanas de la torre dando la señal de fuego.

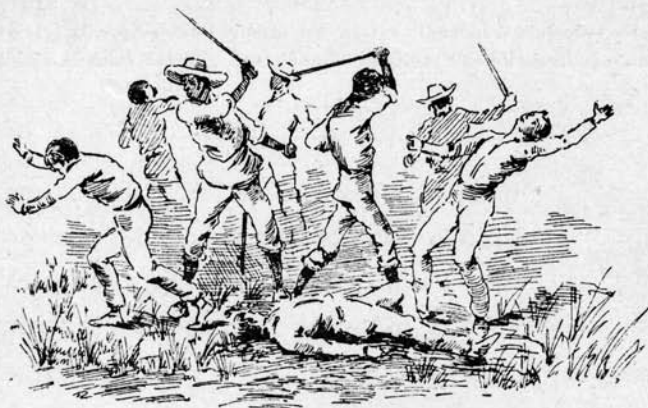
Eran las once de la noche del día 8 de Junio.

Al principio creyóse que el siniestro ocurría en la población por lo que la alarma consiguiente cundió con la celeridad del rayo entre los azorados habitantes, que sobresaltados se arrojaban de sus lechos para inquirir si al voraz y terrible elemento había hecho presa en sus propias casas.

Pronto pudieron tranquilizarse los sobresaltados ánimos al saber que se trataba de un incendio en uno de los pequeños poblados inmediatos a la ciudad.

Apresuradamente salieron algunos vecinos á la ezotea de la casa del señor Cañellas, desde donde contemplaron el imponente espectáculo que el devorador elemento ofrecía en medio de la semi-obscuridad de la noche.

Hacia el noroeste, detrás de las mantañas que rodean á Santiago

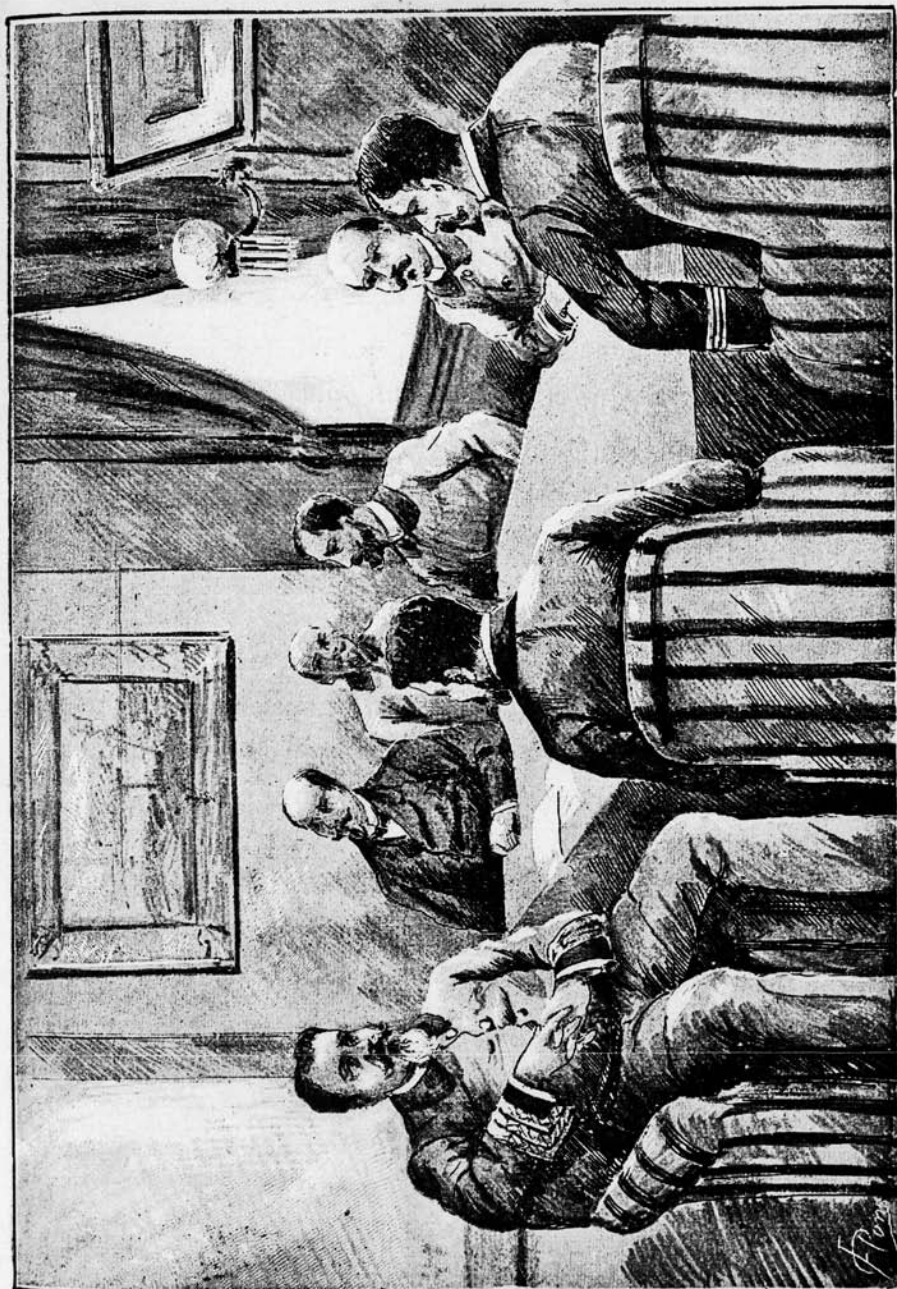


ASESINATOS EN EL POBLADO DE CUEVITAS

de Cuba se levantaba inmensa columna de rojas llamas y negra y espesa humareda.

Entre la semi-obscuridad que en los espacios reinaba, veíanse claramente los progresos del incendio, que á ratos parecía extinguirse para crecer enseguida con mayor ímpetu y fuerza.

La noche serena, sin un soplo de brisa, hacía que la densa columna de humo con destellos rojizos se elevase con terrible lentitud y dere-



ENTREVISTA DEL GENERAL MARTINEZ CAMPOS CON LOS JEFES DE VOLUNTARIOS DE LA HABANA

cha hacía el firmamento tachonado de estrellas, mostrándose cada vez más potente y voraz.

Por la situación de las llamas, bien pronto dedujeron los conocedores del país, que el poblado que ardía era Cuevitas.



Cuevitas es el segundo de los paraderos de la línea férrea entre Santiago de Cuba y El Cristo, y formaba un poblado compuesto de la estación del ferro-carril, algunas docenas de casas en su mayoría de guano, y algunas quintas de recreo donde las personas pudientes de Santiago acostumbraban á pasar los veranos.

Por su proximidad á la capital, Cuevitas presentaba siempre gran movimiento.

Los entusiastas bomberos de Santiago quisieron acudir al lugar del siniestro, pero se les hizo desistir de sus buenos deseos y nobles propósitos, atendiendo á que hubieran llegado cuando ya el incendio, falta de combustible, se habría extinguido.

Veintiseis hombres de la guerrilla local de Santiago que se hallaban prestando servicio de vigilancia en los alrededores de la población, acudieron al lugar del siniestro así que advirtieron el incendio.

Al llegar á Cuevitas encontraron á los incendiarios entregados á su infame y vandálica tarea, y tratando de propagar el fuego á las pocas casas que las llamas habían respetado.

Con verdadera furia cayó la guerrilla sobre ellos, poniéndolos en inmediata fuga é hiriendo á dos de los criminales, é impidiendo que el fuego se propagara á los bohíos que aún quedaban intactos.

Cuevitas no tenía destacamento: por su proximidad á la capital se creían sus habitantes seguros y garantidos de no ser atacados por los

filibusteros, y nadie había previsto el audaz golpe de aquellas hordas de salvajes ó banda de foragidos.

Situado á tres kilómetros de Santiago, distancia que recorre el tren en diez minutos, era el lugar favorito de las personas pudientes de la ciudad para ir á pasar el verano. Sus casas de madera, no muy grandes, pero todas limpias y pintadas, eran de agradable aspecto. En su parte más alta, algunas quintas más amplias y con mayores comodidades completaban el panorama.

Posteriormente, para evitar que los insurrectos quemaran los puentes del ferrocarril, se contruyeron varios fortines á lo largo de la línea, uno de ellos á quinientos metros de dicho poblado, dominando el puente llamado del Purgatorio, nombre que toma del arroyo que por allí discurre.

*
*
*

En Cuevitas no había cundido aun temor ni alarma de ningún género.

A las nueve y media de la noche del 8, pasaron por el poblado veintiseis hombres de la guerrilla local de Santiago, al mando de su teniente don Antonio Meseguer, los cuales prestaban servicio de vigilancia recorriendo la línea.

Indudablemente, los insurrectos vieron pasar la guerrilla desde la guarida en que se hallaban ocultos ó apostados en las inmediaciones del poblado, y aunque en número cuatro ó cinco veces superior, no creyeron prudente atacarla, esperando ocasión de poder cometer impunemente los actos vandálicos, cuya ejecución tenían proyectada y allí les llevara.

Esperaron, pues, que la guerrilla continuara su marcha, y una vez

la creyeron lejos ya del que habían escogido por teatro de sus fechorías, penetraron cautelosamente en el poblado.

Serían unos ciento treinta hombres, todos de la raza de color; pero según dijeron los vecinos, por el escándolo y horrible vocerío que armaban, parecían trescientos.

Su jefe, que era un blanco llamado Durán, se quedó con un grupo de veinte hombres á legua y media del poblado, en el camino real de Bayamo.

Entraron con gran sigilo por la parte alta del poblado, hacia la izquierda, yendo de Santiago al Cristo.

* * *

En medio de la única calle del poblado se hallaban conversando tranquilamente, formando un grupo, los vecinos don Tirso Marcos García, don Antonio Castañeda, don Victoria-



DON VICTORIANO VALDOQUIN

no Baldoquin y el subdito italiano, vendedor de baratijas, don Antonio Roche, cuando de improviso se vieron rodeados por un numeroso grupo de *mambises*, los cuales, sin mediar palabra ni explicación alguna, los ataron fuertemente y los arrastraron hacia las afueras del poblado.

Al hallarse á unos quinientos metros de distancia de la población, la emprendieron con ellos á machetazos, asesinándolos cobarde y villanamente.

En tanto, otro grupo de foragidos penetraron en la tienda panadería de don Pedro de la Llana.

Pidieronle de beber y después de haber bebido cuanto quisieron, se apoderaron del dueño del establecimiento, de su compadre don Salvador Peña, exguardia municipal y del trabajador don Miguel Nicolás, y atándolos también codo con codo los arrastraron á las afueras de la población y allí los asesinaron brutal y alevosamente.

Antes de abandonar el establecimiento, pegaron fuego á la casa

Mientras esto ocurría, los demás de la banda se entregaban del mismo modo al pillage y al incendio.

Provistos de latas con petróleo iban pegando fuego, á cuantas casas al paso hallaban, después de saquearlas.

El nuevo y bonito apeadero «Gloria», que hacia muy poco habia costado mil quinientos pesos, y las casas del señor Batlle, alcalde de barrio, la de don Juan M. Villalón, en la cual se hallaban depositados los útiles de la escuela del pueblo, las de don Pedro de la Llana, don José de la Llana, don Manuel Arango, don José Rovira, señora viuda de Bernal, y además un largo colgadizo con cinco viviendas, donde habitaban otras tantas familias, fueron pronto pasto de las llamas.

En junto, quedaron destruidos catorce edificios independientes unos de los otros.

* * *

Entregados se hallaban aquellas gavillas de incendiarios á su infame y devastadora tarea, y, seguramente, hubieran destruido por completo el poblado, cuando se presentó un oportuno, aunque algo tardío auxilio.

La guerrilla local de Santiago, antes citada, y que como hemos

dicho pasó por Cuevitas á las nueve y media de la noche, al llegar al crucero de los montes de Santa Inés y Enramadas, advirtió el siniestro resplandor del incendio, y volviendo sobre sus pasos, dirigióse apresuradamente al poblado.

Al llegar á Cuevitas, y ver el horrible espectáculo que á sus ojos presentaba el voraz elemento, cayó con furia sobre las hordas mambises, quienes sorprendidas en medio de su infame tarea y cobardes como todo criminal, se dieron á la fuga, no sin que se les hicieran dos muertos y varios heridos.

Los valientes guerrilleros se dedicaron entonces á aislar el incendio, ya que otra cosa no era posible, á fin de preservar de las llamas á los pocos bohíos que el devorador elemento había respetado y á los cuales no había llegado aun la tea incendiaria de los *mambises*.

En aquel momento se presentó al jefe de la guerrilla que dirigía tan humanitaria operación, teniente señor Meseguer, el vecino don Victoriano Baldoquin, herido por aquellas hordas salvajes y que pudo librarse de ser rematado, merced á la intervención del jefe de la partida.

Refirióle lo ocurrido y después de habersele prestado los auxilios necesarios y que su estado requería, salió guiando á los guerrilleros al sitio de la hecatombe, con objeto de recoger los cadáveres de sus desventurados compañeros de martirio.

Con gran sorpresa y alegría, al reconocer los muertos, vióse que el súbdito italiano don Antonio Roche vivía aún, á pesar de haber sufrido siete horribles machetazos.

Recogidos heridos y muertos, fueron trasladados á Cuevitas y de allí á Santiago, en cuyo cementerio dióse cristiana sepultura á éstos, ingresando los heridos en el hospital civil.

* * *

Reconocido por los facultativos el don Antonio Roche, vióse que su cuerpo se hallaba materialmente destrozado.

Tenía siete machetazos; tres en el brazo izquierdo, de los cuales uno le destrozó el cúbito y el radio, lo que hizo necesaria su amputación; otros dos próximos á la clavícula izquierda y los dos restantes en la parte izquierda de la cabeza.

El otro herido, don Victoriano Baldoquin, tenía una sola herida transversal en la cara, de poca gravedad.

Como su estado no le impedía hablar, fué interrogado convenientemente por la autoridad judicial, á la que hizo las siguientes manifestaciones.

—«Me llamo Victoriano Baldoquin Septien, tengo cincuenta y tres años y hace más de veinte que estoy en Cuba, dedicado siempre á los trabajos del campo. Al comienzo de esta guerra estaba desempeñando el cargo de capataz en el cafetal *Alianza*, situado en término de Brazo de Cauto, pero á consecuencia de la insurrección se paralizaron los trabajos y entonces hube de trasladarme con mi familia á Cuevitas.

»La noche del suceso, hallábame conversando con otros vecinos del pueblo en medio de la calle Real, ó sea la única del poblado. Había estado hablando con Castañeda, con Tirso, y con ese (y señaló al desgraciado italiano, tendido en la cama inmediata) y ya me retiraba á mi casa, cuando no bien había andado unos veinte pasos, me ví rodeado por quince ó veinte hombres, que me dijeron:

—No grites y sigue.

»Comprendí enseguida al verlos armados con rifles y carabinas, que eran filibusteros, y temiendo que me macheteasen quise escaparme.

»Entonces uno de ellos me pegó un machetazo, causándome esta herida que V. vé, y atándome codo con codo me obligó á que pasase delante.

»No teniendo otro remedio, obedecí la orden, considerándome ya hombre perdido.

»Cuando estuvimos fuera del poblado, me volví hácia los primeros que detrás de mi venían y les dije que deseaba hablar con el jefe, porque yo era un hombre pacífico, que no me metía con nadie, y nunca en mi vida había cojido un arma en mi mano.

»Entonces uno de la partida, reconociéndome, sin duda. me pre-



vióse que el súbdito italiano don Antonio Roche vivía aún... (pág. 502)

guntó si había sido capatáz en el cafetal *Alianza*, y habiéndole contestado que si, convenció á sus compañeros para que me condujesen á donde estaba su jefe.

* * *

«Seguimos caminando como cosa de media hora, hasta llegar al camino real de Bayamo, donde se encontraba con una escolta el jefe de la partida.

Presentáronme á él y yo le repetí lo mismo que había manifestado á mis aprehensores, rogándole que no me matasen porque era un pobre padre de familia con ocho hijos.

El jefe mandó que me dejasen en libertad, y yo me volví al pueblo.

—¿Quién era el jefe de la partida?—preguntó el juez al herido.

—Únicamente oí que le llamaban Durán.

—¿Es blanco ó de color?

—Blanco.

—¿Y los demás?

—Todos eran negros.

—¿Mientras le conducían á V. nada dijeron de importancia?

—No cruzaron ni una palabra. A poco de llegar al sitio donde se hallaba el jefe, oyéronse tiros y vióse venir al grueso de la partida huyendo, por lo que, concedida ya mi libertad por el jefe, huí yo también en opuesta dirección á la que ellos emprendieron.

—¿No vió V. que llevasen heridos?

—No me era posible distinguirlo á la distancia que de ellos me hallaba.

—¿De que fuerzas se componía la partida?

Súgn mis cálculos de unos ciento veinte hombres.

Nuestro celoso corresponsal en Santiago de Cuba, trasladóse con las fuerzas que al siguiente día del triste suceso salieron para el inmediato poblado de Cuevitas, teatro de las fechorías de las hordas filibusteras, con objeto de informarse personalmente, con todos sus detalles, de la verdad de lo ocurrido.

He aquí la conversación que sostuvo con uno de los vecinos de

Cuevitas, testigo presencial de los hechos, y que nos trasmitió en su día por carta que tenemos á la vista.

—¿A que hora se presentaron los insurrectos?

—Serían las diez de la noche próximamente.

—¿Donde se encontraba V. cuando ellos entraron en el poblado?

—En mi casa, que es la primera del pueblo, entrando por el camino, á la izquierda.

Yo al principio, cuando percibí el ruido de los caballos creí que sería tropa que procedente del *Puerto de Boniato* se dirigía hácia el camino de Santiago, atravesando la población, y ya me iba á recoger, cuando oí llamar á la puerta con fuertes golpes.

—¿Quién vá—pregunté.

—Abra don José—contestóme una voz desconocida.—Somos gente de paz.

—¿Y abrió V.?—preguntóle su interpelante.

—Inmediatamente; pero con gran sorpresa y sobresalto ví que en vez de ser soldados, como yo me creía, eran insurrectos.

—¿Le conocían á V.?

—Algunos de ellos, sí; pero esto no fué óbice para que apuntándome con los fusiles me ordenaron que callase y les franqueara la entrada.

—¿Usted les hizo resistencia?

—No señor. Me dijeron que no tuviera temor ninguno y que me echara al suelo con mi familia, boca á bajo, porque habría tiros.

—¿Y obedeció V. la orden?

—Iba á cumplirla; pero cuando ví que era cosa de morir abrasados por el calor que comunicaban las llamas de la casa antigua á la que habían pegado fuego, dije á mi familia que sacaran de la casa cuántos enseres pudieran y recogieron lo más preciso para ponernos á salvo del voraz elemento.

—¿No les impidieron salir?

—Me amenazaron con pegar fuego también á mi casa si la abandonaba; pero yo, sin atender la menaza, cogí á una de mis niñas de la mano y seguido de los demas de la familia, salí de la casa, importándome poco lo que pudieran hacer.

—¿Sabe V. si tenian alguna avanzada por estas inmediaciones?

—Eso me advirtieron cuando salí de la casa, pero yo no tropecé con ninguna.

—¿Usted no es capitán de voluntarios?

—Si señor; mandaba la compañía de *El Dajao*, que actualmente está desarmada.

—Pero ¿no tenía V. aquí á los voluntarios?

—Algunos había, de los cuales mataron aquella noche á unos y á otros se los llevaron consigo.

—¿Hace muchos años que está V. en el país?

—Cuarenta y nueve, y tengo setenta y seis...



«Este era el país del oro— continuó el interpelado—Aquí el que quería trabajar, en poco tiempo conseguía labrar una fortuna; pero hoy, está esto muy mal. Si yo tuviera dinero para abandonar la isla con toda mi familia, lo haría enseguida porque aquí ya no se puede vivir.

»Yo sé lo que son las guerras, pués fuí militar en mi patria, allá por el año 54, y combatí contra los carlistas y estuve en Vicálvaro donde un casco de granada me señaló para toda mi vida.

Y esto diciendo, mostraba una extensa cicatriz en forma de abolladura que tenía en la frente.

—¿Y qué opina V. de la actual insurrección?

—Que la cosa está muy mala, pues ni en la *guerra grande* ni en la *guerra chica* pasadas, tuve ocasión de ver ni oír lo que en esta se dice y he visto.

—¿Es cierto que los rebeldes machetearon alevosamente á algunos vecinos de este poblado?

—Si señor, muy cierto... ¡Aquello fué horrible!.. Estaban reunidos



ARRESTO DEL DIRECTOR DE «LA DISCUSIÓN»

unos cuantos en la calle Real frente á la casa de don Pedro Lallana, cuando fueron sorprendidos por los insurrectos y amarrados codo con codo, los llevaron á las afueras de la población y allí les dieron machete.

—¿Sabe V. los nombres de los muertos?

—Fueron cinco; Pedro Lallana, Antonio Castañeda, Tirso Marcos García, conocido por el sobrenombre de *El pollero*, Salvador Peña y Miguel Nicolás, además de don Victoriano Baldoquin y un súbdito italiano, que se escaparon milagrosamente de la muerte y á quienes

recogieron los guerrilleros de Santiago y condujeron al otro día al hospital de la ciudad.

—¿A qué número ascendían los insurrectos que incendiaron el poblado?

—Serían unos cien hombres, todos negros.

—¿Quién era su jefe?

—Se dice que un tal Durán, que por cierto es el único blanco que figura en la partida.

* * *

Tal fué, y así ocurrió, según los autorizados informes que á raíz del suceso recibimos de nuestros activos corresponsales en la isla, el acto de salvajismo y barbarie llevado á cabo por una de aquellas gaviillas de facinerosos é incendiarios que se titulan *libertadores* de Cuba.

El hecho produjo indignación profunda y una general protesta en toda la isla, que repercurtió en la Península y en toda Europa.

A consecuencia del vandálico suceso, resolvióse por la comandancia general de Santiago de Cuba, adoptar enérgicas medidas de represión.

A primera hora de la mañana del día 9, circuló la noticia de que se iba á publicar un bando de gran importancia.

Deseoso nuestro celo so corresponsal de darnos cuenta de él enseguida, dejó el encargo á un compañero suyo, antes de salir para Cuevitas, de transmitirnoslo en el acto de su publicación, por el cable.

Así lo hizo aquél, y á las dos de la tarde del citado día 9, nos transmitía por cable el referido bando, copiado íntegro de un ejemplar impreso que se le había facilitado por persona que podía hacerlo, au-

torizado con la firma del general Salcedo, comandante general del distrito de Santiago de Cuba.

Mas, al regreso de nuestro corresponsal á la ciudad, á las seis de la tarde del propio día, hallose con una novedad.

El cablegrama expedido por su compañero integrande el bando publicado por la primera autoridad militar del distrito, habia sido detenido en aquella comandancia general por haberse observado en el texto un error de concepto ó *lapsus plumæ*, una frase que decia precisamente todo lo contrario de lo que el bando consignaba.

En su consecuencia, nos envió otra copia por correo, que íntegra transcribimos á continuación, para conocimiento de nuestros lectores.

*
* *

Decía así la referida disposición del comandante general del distrito de Santiago.

BANDO

Don Juan Salcedo Montilla de los Ríos, comandante general del primer distrito de operaciones en esta isla.

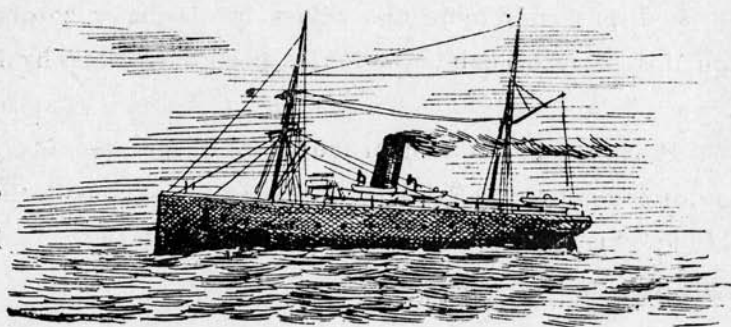
Hago saber: La seguridad de vidas y haciendas, por los que y por razón de mi cargo, estoy en el imperioso deber de velar, obligame á tomar medidas extraordinarias. que se hallan justificadas por los brutales asesinatos cometidos por los rebeldes en la noche de ayer, en el poblado de Cuevitas.

A fin de que los servicios de campaña de mis tropas tenga toda la extensión que necesita para hacerse sentir con todos sus efectos.

Vengo en hacer público, que desde el anochecer hasta los claros de la mañana y á partir del día 12 del corriente mes, expendrá su vida todo vecino de la capital, poblado y caserío que salga de sus viviendas

para el campo abierto, pues todas mis columnas, patrullas y emboscadas que operan en él llevan la consigna de hacer fuego, y por lo tanto el riesgo es inminente.

Advertidos quedan los leales, honrados y tranquilos habitantes, de esta medida indispensable para acabar con la confusión en que vi-



VAPOR «VILLAVERDE»

vimos, y que aumentada con la sombra de la noche es protectora de crímenes y venganzas.

Santiago de Cuba 9 de Junio de 1895—*Salcedo*.

* * *

El bando transcrito produjo gran alarma y fué muy comentado por los habitantes á quienes comprendía la advertencia del general Salcedo, los cuales creyeron ver en la disposición de su comandante general, una prohibición indirecta de salir de sus casas desde las primeras horas de la noche hasta la mañana.

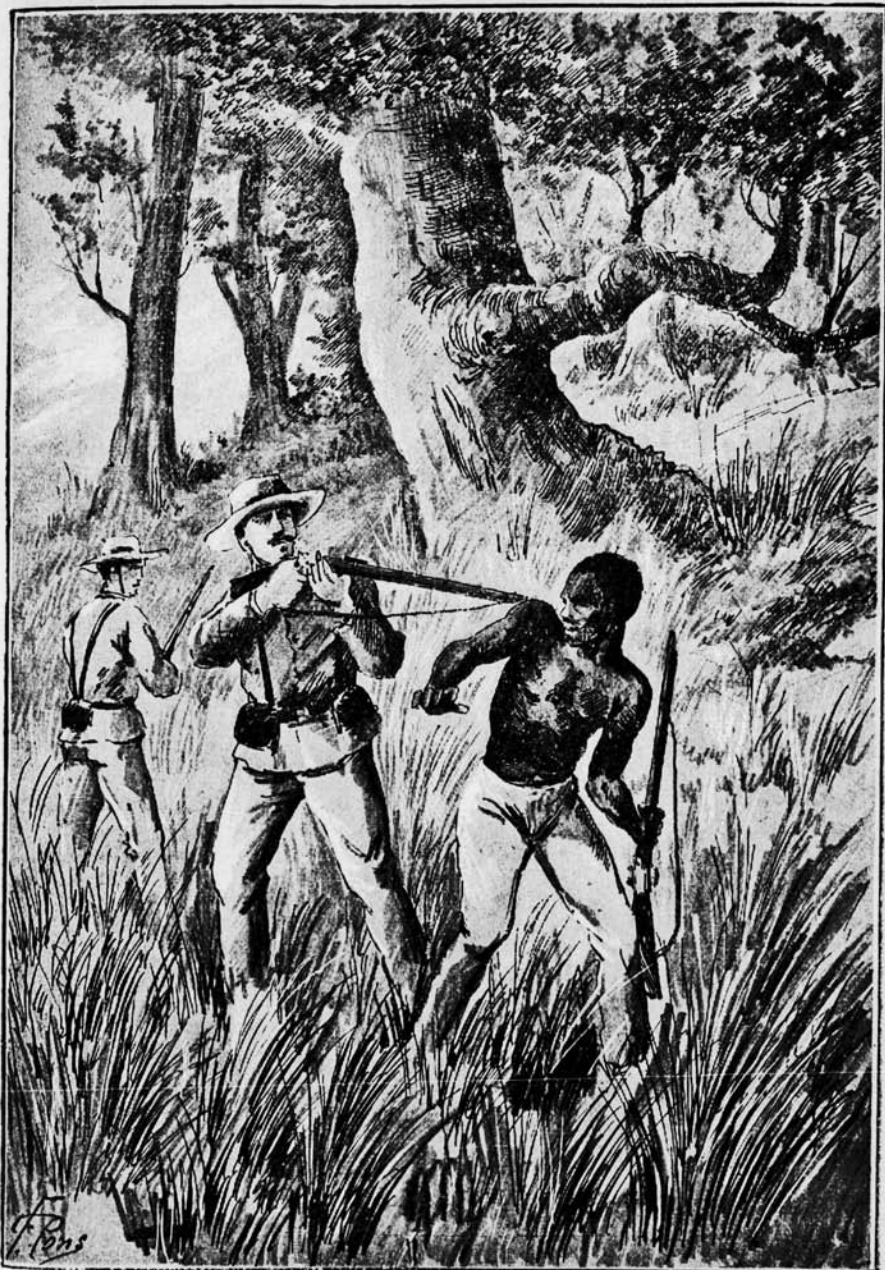
Y así era, en efecto según de su texto se desprende.

Por ello hubieron de recurrir al general en jefe y al Gobierno, á fin de que fijaran su atención en lo extraordinario y contraproducente que resultaba la medida adoptada por dicho general.

Así debieron comprenderlo el Gobierno y el general Martínez Campos, porque ambos á la vez indicaron al referido comandante general del distrito de Santiago, la conveniencia de que aclarara su extraordinaria disposición, á fin que cesara la alarma y zozobra que entre aquellos pacíficos habitantes y los buenos patriotas había producido.

Afortunadamente, la indicación fué desde luego atendida por la primer autoridad militar de Santiago, y aclarada prontamente la confusión disipose bien pronto la alarma reinante en la segunda capital de la Gran Antilla.





SORPRESA DE UN ESPÍA POR UNA AVANZADA ESPAÑOLA